

A SALVO de Pablo Roldán Castilla

En la oscuridad, el único sonido que se oía era el de mi agitada respiración. Había apagado la luz para que no me viese a través de la ventanilla que daba al pasillo. Con miedo, me acerqué agachado lentamente a la puerta, por si notaba algún indicio de humanidad al otro lado. Al moverme, una escoba cayó al suelo con estruendo y casi pude sentir como aquél ser se giraba, dirigiendo lentamente su mirada hacia mi ubicación. Mientras tanto, no podía evitar preguntar mentalmente “¿Por qué?, ¿por qué aquí?”.

Me encontraba en el cuarto de limpieza del colegio. Ese día había sido un infierno, y había visto cosas terribles. Incapaz de escapar y de hacer llamadas debido a la baja batería de mi teléfono, me había tenido que esconder en aquella habitación claustrofóbica de apenas dos metros cuadrados.

Esta mañana había comenzado normal: como siempre, me había levantado —con cierta pereza—, había desayunado, me había vestido y me había subido en el coche de mi madre, para ir al colegio. Como siempre, me había reunido con mi pequeño grupo de amigos en la entrada y había subido las ya muchas veces contadas cincuenta y dos escaleras para llegar a 2ºE, mi clase de la ESO. Y como siempre, había dado las tres primeras horas de clase antes de llegar a la media hora del recreo. A partir de ahí, todo cambió.

—Que ganas de llegar a mi casa para jugar con la Switch —me decía Diego, un buen amigo que había hecho nada más llegar en primero.

—¿Verdad? Además, ayer me regalaron un nuevo juego —dije yo. Hasta ahora, mis únicas preocupaciones habían sido la consola y los exámenes.

En cuanto terminé la palabra, escuché un ruido y me dí la vuelta. Solo había sido César, al tropezar con un tupper abandonado. Él era un chico... misterioso. No solía hablar, y cuando lo hacía, formulaba únicamente palabras cortas como sí o no. Desde hacía unos días, había estado más raro que de costumbre: pedía ir al baño en cada asignatura, iba siempre cubierto con la capucha de su sudadera y cuando sonaba el timbre de salida, se quedaba unos minutos más, mirando por la ventana. De todas formas, nosotros pensábamos que era solo una etapa o algo por el estilo y lo dejábamos pasar.

El resto de la media hora transcurrió normal y cuando terminó subimos de nuevo a las clases. Dimos Lengua y después Física y Química. La profesora de Física y Química había faltado, y la sustituía otro profesor llamado Raúl, que se ganó la amistad de toda la clase —a excepción de César— en los primeros diez minutos con sus bromas y su gran alegría.

Un rato más tarde empezó todo. Raúl nos había mandado unos ejercicios de formulación para repasar y, como era normal que sucediera, mis compañeros empezaron a hablar entre ellos, creando un ambiente ruidoso en la clase. Mientras

Raúl intentaba hacerles callar, yo escuché otro sonido. Un susurro casi chirriante. Dejé de atender a lo que pasaba en la clase y me centré en escucharlo.

—¿Alguien más oye eso? —dije, alzando un poco la voz para que me escucharan.

La clase quedó en silencio absoluto. Después de unos segundos volvieron a hablar.

—Nadie oye nada, Alan —respondió David, con tono burlesco.

David era un chico que había repetido curso dos veces y que al ser mayor tenía el respeto de mucha gente. Después de su comentario, todo el mundo comenzó a reírse y volvieron a sus conversaciones. Diego y Raúl eran los únicos que parecían preocuparse por mí, este último se acercó a mi mesa.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó.

—Sí. Solo que he escuchado algo. Un chirrido.

—Hm... ¿Quieres ir al baño a refrescarte la cabeza?

Dudaba que fuera eso, pero le hice caso. Cuando llegué al baño, abrí el grifo y ahuequé las manos para recoger agua y echármela en la cabeza. Mientras repetía eso varias veces, empecé a escuchar unos golpes y gritos que provenían de fuera. Entonces, Diego entró corriendo donde estaba yo, parecía asustado.

—¡Alan! —exclamó al verme— No se que acaba de pasar. De repente César se ha transformado en una cosa extraña.

Se giró para cerrar la puerta, pero antes de hacerlo, alguien más se deslizó por el hueco, Raúl. Estaba lleno de sangre que no parecía suya y tenía la misma expresión que mi amigo.

—Chicos, no... no hagáis ningún ruido.

Nos metimos en los cubículos y nos subimos a las tazas, con la esperanza de que no nos vieran. Esperamos a que los ruidos cesaran y cuando por fin parecía que todo había terminado, Diego bajó un pie lentamente. Acto seguido la puerta se abrió de golpe y con una seña le hice subir de nuevo. Detecté la presencia de algo extraño, que respiraba pesadamente y que se movía por el baño. Por suerte no pensó en mirar en donde estábamos nosotros y se fue.

—¿Estáis bien? —preguntó nuestro profesor, que estaba en el cubículo de al lado. —Eso creo —respondí— ¿Qué era eso?

—No lo sabemos —dijo—, pero no es amistoso. Voy a asomarme, a ver si sigue ahí. Mientras bajaba de la taza, escuché como Raúl salía y unos segundos después entraba soltando un largo suspiro.

—Bien, se ha ido. Parece que ha bajado a la primera planta, por lo pronto estamos a salvo.

En cuanto terminó la frase, sentí un frío inmenso que venía de todas partes. Desde las esquinas, algo morado se expandió por las paredes. Nos juntamos los tres, espalda con espalda mientras veíamos como aquella sustancia venía hacia nosotros. Escuché entonces unos lamentos fuertes y estridentes, mezclados con gruñidos, que llenaban el baño. Un poco de la sustancia me rozó el pie y rápidamente un gran dolor se expandió por mi pierna. Grité, y cuando lo hice, los sonidos frenaron y el líquido morado retrocedió hasta desaparecer. Temblando, me desplomé en el suelo, agarrándome el tobillo y cerrando tan fuerte los ojos que ví figuras abstractas de colores danzando en la negrura.

—¡Alan!, ¿qué pasa? —dijo preocupado Diego.

—La pierna. Me duele. —mascullé.

—No te muevas, voy a por el botiquín —dijo mi profe.

Volvió a salir y mientras tanto intentó repasar lo que había pasado, cosa que hacía cada vez que se ponía nervioso.

—Vale. Según tú has empezado a escuchar ruidos, después has salido de clase, César ha explotado y se ha convertido en otra cosa, nos hemos metido aquí, algo ha entrado con nosotros y después...

Tuve que escuchar varias veces lo mismo, mientras él trataba de encontrar alguna relación, incapaz de decirle que se callase. Después de un tiempo que se hacía interminable entre el dolor y mi amigo hablando sin parar, por fin volvió Raúl con una pequeña caja en manos. Me dio una pastilla, que me tragué con dificultad, y como por arte de magia dejé de sentir fuego en la pierna para pasar a convertirse en unas pequeñas punzadas.

—¿Mejor? —me preguntó.

—Sí, eso creo.

—Bien. Pues ahora deberíamos buscar una salida. Buscando la medicina, he visto que todas las ventanas están selladas, por lo que tenemos que salir por la puerta de emergencia.

—¿Pero no está abajo?

—Ese es el problema. Debemos tener mucho cuidado con ese bicho. Tuvimos unos minutos de preparación y después salimos, abriendo la puerta cuidadosamente. El pasillo era muy largo, pero logramos llegar a las escaleras sanos y salvos. Empezamos a bajarlas, agachados, para no llamar la atención; pero cuando íbamos por apenas la mitad, la pierna decidió traicionarme y sentí un dolor agudo como si me hubieran disparado en la espinilla. Por suerte, me taparon la boca antes de gritar. Llegamos a la primera planta, donde vimos de nuevo a César, bueno, a lo que era ahora, comiéndose algo que prefería no saber. Estaba en medio del pasillo, y la puerta en la otra punta.

—Está bloqueando el paso —dijo Raúl, susurrando—. Necesitamos una alternativa. —Podríamos distraerlo —sugirió Diego.

—¿Cómo? —inquirí yo.

Pensó un rato, buscando una solución, y luego señaló el reloj de pared, que marcaba en ese momento las seis menos veinticinco.

—Eso. Podría funcionar como un disco.

—Buena idea —contestó nuestro profesor.

Agachado, se acercó a donde estaba colgado el reloj, lo cogió y volvió. Después se preparó y lo lanzó con fuerza hacia la puerta que llevaba al patio del colegio. Eso sirvió y atrajo al monstruo hacia allí. Nosotros aprovechamos y fuimos sigilosamente por el otro lado. Entonces Diego le dió una patada sin querer a un bolígrafo que había en el suelo, cosa que el ser escuchó. Resultaba que era muy rápido, y llegó a donde nosotros en cuestión de milésimas de segundo.

—¡Corred!

En ese momento, la adrenalina y el miedo superaron el dolor de mi pierna y me permitieron correr a una velocidad que nunca había alcanzado. Escuché un grito y me giré. En ninguna de las veces que lo había visto, me había detenido a mirarlo. Era una figura humanoide alargada y negra, como hecha de las propias sombras. Sus

extremidades eran también extensas y sus manos —si se les podía llamar manos— estaban acabadas en seis cuchillas puntiagudas. Todo su cuerpo se apoyaba en unos pegotes de tinta negra. Pero lo peor era su cabeza: su cara era una espiral que se enrollaba hacia dentro, y más cuchillas la adornaban por encima, imagino, a modo de pelo. No parecía tener orejas, ni boca, pero estaba claro que podía escuchar y además emitía sonidos, unos estridentes y chirriantes sonidos. Además, sus ojos eran simplemente dos puntos morados en alguna parte de su espiral.

Ahora, estaba sujetando por el hombro a mi amigo, y sus dos puntos de luz centelleantes lo miraban. Casi podía ver una expresión humana completa. —¡Diego! —exclamé, mientras él se lo llevaba escaleras arriba.

—Alan —me dijo Raúl, podía ver el miedo que tenía—. Alan, tenemos que irnos. —¡No! ¡Tenemos que salvarlo!

—Ya es imposible, además, nos matará a nosotros también. Huyamos mientras podamos.

Escuché otro lamento, esta vez más agudo.

—No hay tiempo. ¡Escóndete!

Él se metió en el baño, mientras que yo en el cuarto de escobas. Apagué las luces y me acurruque en una esquina, esperando a que subiera de nuevo. Tras un rato, cuando creí que ya estaba a salvo, me acerqué a la puerta; pero en el movimiento, tiré una escoba. Enseguida supe que el monstruo se había percatado de mi posición, y con miedo solo pude esperar a que abriese la puerta. El pomo empezó a girar lentamente, y la puerta se desplazó hacia fuera, dejándome a su vista. Empezó a acercarse su cara a la mía. Detrás vi como Raúl se acercaba silenciosamente por detrás, armado con unas tijeras. Un segundo después, una punta de acero asomó en la parte superior de su espiral y este se desplomó. Mi profesor me extendió la mano y me ayudó a levantarme. Pasé por encima de César, que yacía en el suelo con las tijeras sobresaliendo de su espiral, y fuimos a la salida.

Fuera, nos esperaban un montón de coches de policía, varias ambulancias y algunas personas preocupadas que se agolpaban detrás de las vallas de seguridad. Entre ellas estaba mi madre, que vino corriendo hacia mí, esquivando a los policías. Ante la atenta mirada de toda la gente, me dió un abrazo.

—¡Menos mal que estás bien! —dijo— ¡Gracias a Dios! —después se separó y me puso las manos en los hombros— ¿Estás bien? Habéis sido los únicos sobrevivientes hasta ahora.

Eso me preocupó aún más. Caí en que había visto un montón de alumnos en los pasillos tirados en el suelo.

Mi madre se dirigió a Raúl.

—Muchas gracias por mantener vivo a mi hijo.

Él tenía una mirada triste.

—No he conseguido salvar a nadie más. Ojalá...

—Eh —lo cortó mi madre—. Mi hijo está vivo. Has podido salvar a una persona. Ahora estáis a salvo.

Cuánto deseaba que no hubiera dicho esas palabras. De repente, unas tijeras manchadas de sangre oscura se clavaron en el suelo, a escasos centímetros del pie de mi madre. El ser estaba delante de la puerta principal del colegio, mirándonos a todos. El agujero de su espiral se cerró. Todos nos quedamos en silencio. —¡Fuego!

—exclamó un policía.

A continuación, una ráfaga de balas cruzó el aire en dirección a la criatura. Estas comenzaron a golpearle, atravesándolo, pero sin causarle ningún daño aparente. Después, se esfumó.

—Qué...¿Qué era eso? —preguntó mi madre, asustada.

—Eso —señalé a donde hace nada él había estado—, es un monstruo. Y se ha llevado a mi amigo.